

TORRE

Amarilla

Cupido es un murciélago

María Fernanda Heredia

Ilustraciones

María Claudia Linares





Cupido es un murciélago

Heredia, María Fernanda

Cupido es un murciélago / María Fernanda Heredia ; coordinación general de Laura Linzuain ; dirigido por Laura Leibiker ; editado por Cristina Puerta ; Teresa Marcos ; ilustrado por María Claudia Linares. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2020.

152 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Torre amarilla)

ISBN 978-987-545-874-1

1. Narrativa Infantil y Juvenil Ecuatoriana. I. Linzuain, Laura, coord. II. Leibiker, Laura, dir. III. Puerta, Cristina, ed. IV. Marcos, Teresa, ed. V. Linares, María Claudia, illus. VI. Título.

CDD Ec863.9282

© Del texto, María Fernanda Heredia, 1997

© Editorial Norma, 2017

Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación "N"/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: abril de 2017

Segunda edición: enero de 2020

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Dirección editorial: Laura Leibiker

Edición: Cristina Puerta y Teresa Marcos

Corrección: Roxana Cortázar

Jefa de arte: Valeria Bisutti

Diagramación: Nohora E. Betancourt V. y Magali Borda

Gerenta de producción: Paula García

Jefe de producción: Elías Fortunato

CC: 61087978

ISBN: 978-987-545-874-1



Cupido es un murciélago

María Fernanda Heredia

Ilustraciones

María Claudia Linares

 Norma

www.normainfantilyjuvenil.com/ar

Derechos reservados Editorial Norma S.A. Prohibida su copia, reproducción y distribución.

*A Javier,
que escucha
mis historias
de ángeles y
murciélagos.*

*A Isabel,
mi compañera,
mi cómplice,
mi abuela.*

Fue a primera vista, lo sé.

Cuando abrí la puerta y la miré, ella estaba frente al espejo acomodándose un mechón de pelo que le caía sobre la mejilla. Volteó su rostro, abrió los ojos sorprendida y caminó hacia mí.

A un metro de distancia se detuvo, igual que mi respiración y mi corazón, hizo una mueca casi imperceptible con el labio superior y luego gritó:

—¡Largo de aquí, tonto, este es el baño de mujeres!

De inmediato me lanzó un portazo en plena nariz; y el golpe resultó tan pero tan fuerte, que me provocó un abundante sangrado durante algunos minutos.

Aquel día aprendí dos cosas muy importantes: la primera, que el baño de hombres era el que quedaba junto a la cancha de fútbol y la segunda, que el amor, cuando llega, puede golpear las puertas del corazón y, de paso, la nariz.



Javier

1

Me llamo Javier, pero eso a pocos les interesa. Mamá me dice «pequeño»; papá, «campeón»; la abuela me dice «lagartijo»; y en el colegio todavía hay quien me llama «el nuevo».

Pero en realidad no soy tan nuevo, tengo 12 años y aunque sigo haciendo uso de la misma cara y la misma voz que cuando tenía 11, ya he comenzado a pagar el boleto de adultos cuando voy al cine.

De entre los 28.419 colegios que deben existir en esta ciudad, mis padres decidieron matricularme en el Instituto Educativo 1 de Marzo. Qué nombre tonto, ¿verdad? «Instituto Educativo 1 de Marzo».

Tan pronto llegué, el primer día, le pregunté a una maestra por qué el colegio se llamaba así, pensé que quizá se trataría del homenaje a una fecha cívica, de esas en las que todos tenemos que

acordarnos de alguna guerra, de una batalla. Pensé que tal vez sería la fecha de nacimiento de algún prócer famoso, de esos que usaban patillas gordas y tenían cara de billete. Pero no, resulta que el 1 de marzo es la fecha en que recordamos el cumpleaños del bisabuelo del licenciado Seco. ¿Y quién es el licenciado Seco? Es el director que, a su vez, es el bisnieto de su bisabuelo, que fue el fundador de este colegio. Entonces imagino que cuando esa fecha llegue, todos, formados en alguna cancha, cantaremos una canción de «Feliz cumpleaños a ti» que seguramente tendrá pinta de himno ceremonioso.

El colegio se ha construido alrededor de lo que alguna vez fue la casa del bisabuelo Seco, un señor que, ahora lo sé, se llamó don Temístocles Seco, supongo que ese es el motivo por el que sus familiares decidieron bautizar a la institución con una fecha de cumpleaños y no con el horrible nombre que le tocó al pobre señor.

¿Cómo se hace para sobrevivir con un nombre así? Casi puedo imaginar el panorama de pavor: «Temístocles, ¿ya hiciste la tarea?», «Teemmis, la cena está lista», «Temístocles y María se aman». ¡Qué horror!, hay ciertos nombres que deberían estar prohibidos en la Constitución de la República y en el Manual de nombres para recién nacidos (si este no existe... podría ser una buena idea que a alguien se le ocurriera inventarlo, ¿no?).

Bueno, continúo con el colegio; la casa principal es inmensa, una mansión antigua que tiene más



de 17 habitaciones, lo repito imás de 17 habitaciones! Pareciera que al bisabuelo además de fundar colegios le gustaba tener hijos. O, tal vez, llegó a tener tantos hijos que le resultó más económico abrir un colegio propio para que la familia tuviera dónde educarse.

En el jardín existen tres edificios adicionales, más modernos que los anteriores. Son edificios blancos y sin mucha gracia, con tres pisos llenos de ventanas cuadradas.

Existe un detalle curioso, o, mejor dicho, estúpido. Me he podido dar cuenta de que en este colegio hay muchos rótulos con mensajes tontos. Junto a los basureros que están desperdigados por todos lados hay un rótulo que dice: «Basurero. Deposite aquí la basura». Pero claro, si los basureros sirven para eso ¿o qué se han imaginado?, ¿qué están ahí para subirse en ellos y volar a la Luna? Junto a la pileta hay un rótulo que dice «Pileta», bajo el limonero hay uno que dice «Limonero» y junto a la cancha de fútbol uno que dice «Cancha de fútbol». Hay tantos rótulos innecesarios por cada rincón que no me sorprendería que un día de estos me obligaran a llevar uno pegado a la cabeza que dijera «Niño».

Ser «el nuevo» de la clase no es agradable, pero ya estoy acostumbrado a los cambios. Me he mudado de casa, de colegio y, un par de veces, de país. Mi papá tiene un trabajo de aquellos en que pareciera que el jefe llega cualquier día y dice «Hey, tú, el

de pantalón azul, desde mañana trabajarás en otro país». Entonces empacamos, la casa se vuelve un desastre, asistimos a fiestas de despedida y «borra y va de nuevo».

Mi papá dice que eso es bueno, porque tanto cambio significa que le va muy bien en su trabajo. Mi mamá dice que es bueno porque podemos conocer muchos lugares y muchas personas. Mi hermano mayor dice que es bueno porque papá y mamá dicen que es bueno, y él nunca discute las opiniones de los mayores. Y yo digo que no me gusta... pero de todas maneras pierdo por 3 votos contra 1; por lo tanto, queda claro que mi opinión vale lo mismo que un rábano.

Cuando uno es nuevo en el colegio, todos lo miran como a una cucaracha, con curiosidad y un poco de miedo (o asco). El primer día todos preguntan:

—¿Cómo te llamas?

—Javier.

—¿Con X o con J?

—Con J.

Y esa segunda pregunta jamás tendrá sentido, porque en adelante cada uno y cada una escribirá mi nombre como se le antoje (casi siempre con X, o sea, mal).

Pero lo que está muy bien, cuando te cambias de colegio, es que lo tienes todo nuevo: el uniforme, los zapatos, la mochila, el traje de deportes, los libros, etc. Esto lo saben solo los que, como yo, han

sufrido ese fenómeno «hereditario» que padecemos quienes tenemos uno o varios hermanos mayores. En mi caso, he pasado la vida entera usando la ropa que a mi hermano José le iba quedando chica. Cuando eso ocurría mamá aparecía con esa sentencia que yo odiaba: «Pero si esto todavía está nuevo, vamos, Javier, pruébate para ver cómo te queda».

Entonces yo me probaba un pantalón larguísimo o una camisa que me llegaba hasta las rodillas mientras mamá, acomodando alfileres por todas partes, decía: «Si subimos unos centímetros de este dobladillo y ponemos por aquí una costurita, quedará perfecto». Y no quedaba perfecto, porque a mí no me gustaba usar la ropa de José... pero nuevamente perdía por ser minoría.

Mi hermano y yo hemos tenido, desde siempre, las rodillas en diferentes posiciones. No me refiero a que somos un par de fenómenos que nacimos con las rodillas junto a las orejas y un par de antenas en la frente; lo que quiero decir es que cuando José tenía 10 años las marcas que sus rodillas dejaban en los pantalones nunca fueron las mismas que yo dejé a esa edad. A él eso no le importaba, claro, pero a mí sí, porque yo era el que heredaba su ropa y lucía totalmente desproporcionado cuando las marcas del desgaste de la tela en sus rodillas a mí me quedaban demasiado cerca de los pies.

José es más alto que yo, él tiene 15 y se cree el clon de Schwarzenegger, pero la abuela me dice que no debo preocuparme, porque un día yo también



creceré y seré mucho más alto que José. Yo siempre he creído en la abuela y sé que ella nunca se equivoca. Un día mediré dos metros y tendré las rodillas mucho más arriba que las de José. Ahí lo quiero ver.

Afortunadamente en esta ocasión no heredaré su uniforme. José consiguió que mis padres lo inscribieran en un colegio diferente al mío, un colegio «musical» de aquellos en los que, además de enseñarle Ciencias y Lenguaje, le dan unas clases de violín y guitarra clásica. Con eso está asegurado que José se convertirá en un concertista y que mis padres seguirán presumiendo en casa cada vez que hay invitados:

—Vamos, José, toca el violín para el tío Carlitos.

José alucina con su público.

Yo... bostezo.

2

El primer día en un colegio nuevo es siempre una pesadez. Tienes que permanecer varias horas con chicos y chicas que hablan entre ellos, que cuentan lo bien que la pasaron en las vacaciones, que traen fotografías de los lugares que visitaron, y que te miran como si fueras un bicho que se ha escapado del laboratorio de Biología.

Cuando eres «nuevo» nada te quita la sensación horrible de ser algo parecido a un extraterrestre. Te sientes solo, muy solo. Si nadie rompe el hielo

y se acerca a ti, solo tienes una opción: hablar con otro «nuevo», cruzar cuatro o cinco preguntas poco importantes, y luego nada, volver al silencio. Pero al menos ya has hablado con una persona, y, por si a alguien le quedaba la duda, ya has demostrado que tienes lengua, garganta y dientes, y que sabes hablar el mismo idioma que el resto.

La maestra es una mujer de aquellas a las que resulta imposible calcularles la edad. Podría tener 28 años bastante aporreados, o 55 muy bien disimulados.

Intenta ser cortés hasta convertirse en un ser exageradamente dulzón. Todas sus frases las acompaña con la palabra «cariño»: «¿Puedes limpiar el pizarrón, cariño?», «¿Ya aprendiste la fórmula, cariño?», «¡Sal de la clase, charlatán insoportable, y no regreses hasta que tus padres vuelvan contigo, cariño!».

Se llama Consuelo y no se cansa de repetir con voz aguda y melosa «llámenme Chelito». Y más vale que luego de esa advertencia todos seamos obedientes. Ambos detalles, lo de «cariño» y lo de «Chelito» pude constatarlos el primer día cuando llegué al colegio y me la encontré en la puerta. Ella estaba dando la bienvenida a padres y alumnos:

—Buen día, señorita Consuelo —le dije.

Ya habíamos tenido la oportunidad de conocernos durante las pruebas y citas previas al inicio de clases. Ella de inmediato me lanzó una mirada fulminante y rabiosa, entonces me dijo:

—No, cariño, ya te dije que Consuelo no...

—¿Clemencia?

—¡No!

—¿Piedad?

—¡No! —dijo agarrando los anteojos con evidente fastidio, aunque intentaba que su voz luciera gentil—. Me llamo Consuelo pero debes llamarme Chelito, cariño, ¿entendiste?

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí, entendí.

—Entendiste qué.

—Que usted se llama Consuelo, pero debo llamarla «cariño».

—No. «Cariño», no. Chelito.

—Está bien, Chelito... sin cariño.

Continué caminando rumbo a la clase algo molesto por el incidente, pero, para evitar nuevos disgustos, fui repitiendo el nombre de la maestra para que jamás se borrara de mi cabeza.

Chelito es una mujer alta y delgadísima, pareciera que su esqueleto apenas ha logrado cubrirse con una capa mínima de piel. Es tan delgada que las medias se le escurren desde la rodilla hasta el talón, lugar en el que se acumulan en pliegues interminables.

Si los átomos existen en sus medias de nailon, imagino que podrían haber formado naciones inmensas y muy pobladas entre esas altas montañas y profundos dobleces. Supongo que esos átomos



Derechos reservados Editorial Norma S.A. Prohibida su copia, reproducción y distribución.

deben de organizar eventos de deportes extremos en las medias de Chelito: «Concurso de parapente en la rodilla», «Gran rally de átomos rumbo al empeine».

En un intento poco original por ser amable, lo primero que Chelito dijo fue: «no quiero que me miren como a una maestra sino como a una amiga». Pero bueno, cumplir con ese deseo es una tarea demasiado difícil, ser amigo de una señora que puede ponerte la peor de las calificaciones sin misericordia o que tiene la facultad para llamar a tus padres y anunciarles que te has portado como un delincuente en plena clase es imposible.

Durante la primera hora ella dijo frente a todos:

—Voy a presentarles a sus dos nuevos compañeritos, quiero que pasen adelante, nos digan sus nombres y qué esperan del Instituto Educativo 1 de Marzo.

Los dos nuevos pasamos al frente y la primera en hablar dijo:

—Me llamo Isabel Martínez y espero poder hacer muchos amigos y amigas, aprender cosas interesantes, jugar fútbol y divertirme.

—Muy bien, cariño, te damos la bienvenida. Ahora es tu turno.

La maestra dirigió sus ojos diminutos hacia mí y sonrió desplegando sus labios atiborrados de un exagerado color fucsia brillante. Ella ignoraba cuánto odio hablar en público, así es que dije:

—Me llamo Javier.

—Bien, Javier, ¿y qué más...? —preguntó con voz de canario.

—Solo Javier, no tengo otro nombre.

—Está bien, cariño, pero qué más tienes que decirnos, qué esperas del colegio.

—Ah. Bien. Yo espero...

Intenté articular alguna palabra pero no me fue posible. Isabel, la otra nueva, había dicho todo lo que yo quería decir, lo de los amigos, lo de aprender, lo de divertirme, lo del fútbol. Ella había agotado todas las posibles respuestas y yo ya no tenía nada nuevo que comentar. Entonces retomé el inicio como intentando gastar el tiempo con palabras vacías:

—Del Instituto Educativo 1 de Marzo yo esperoooo...

—¿Sí? —dijo la maestra abriendo los ojos y moviendo sus manos como impulsando a que mis palabras salieran de algún lugar profundo, insondable y oscuro.

La clase estaba en silencio absoluto, todos los ojos clavados en mí esperaban una respuesta. Entonces algo me salvó: Isabel estornudó como todo un coronel de policía (con ruido, estertores y muecas) y con eso rompió el silencio de hospital que reinaba en la clase.

En ese momento volteé a mirarla y ella me dijo rápidamente y en voz baja, mientras se llevaba una mano a la boca para disimular: «segundo hogar».

Entonces respondí:

—Espero que el Instituto 1 de Marzo sea como mi segundo hogar.

La maestra me miró con emoción maternal, hizo como si secara de sus ojos unas inexistentes lágrimas y me dijo:

—Bellísimas palabras, cariño, bellísimas.

Luego lanzó a la clase una pregunta que, para los nuevos, resulta siempre desagradable:

—¿Hay alguien que quiera invitar a Isabel o a Javier a compartir su banca?

Nuevamente silencio total. Los pupitres venían ensamblados de a dos y casi todos estaban ocupados. Ocupados por seres humanos de entre 11 y 12 años, incapaces de provocar un gesto amable en sus caras. Estoy seguro de que, si en ese momento hubiera caído un rayo sobre la clase, nadie se habría inmutado.

—Repetiré la pregunta —dijo con poco tacto la maestra—: ¿hay alguien que, dando muestra de la hospitalidad y cordialidad que caracteriza a los estudiantes de nuestra noble institución, quiera compartir su banca con uno de los compañeros nuevos?

Otra vez silencio. Había miradas que se dirigían al techo. Niñas que se fijaban atentamente en el tamaño de las uñas de sus manos. Niños que fingían escribir algo en un cuaderno. Al parecer la hospitalidad no era una característica muy marcada en mis compañeros y compañeras, que parecían congelados en el hielo de la Antártida.

Entonces Isabel dijo:

—¿Y qué tal si me siento junto a Javier?

—Muy buena idea —respondió la maestra, que aún en ese momento no se había dado cuenta de que nuestra presencia era casi tan importante como un pepino, para nuestros compañeros.

Nos ubicamos casi al final del salón sin chistar. El primer mal momento, obligatorio para todo alumno nuevo, ya había pasado. Tan pronto pude le dije a Isabel:

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque me salvaste, no se me ocurría ni una sola idea para responder la pregunta de la maestra.

—Ah... por nada. Hay frases horribles y trilladísimas que a la gente le encanta escuchar. No imaginas la cantidad de maestros que se emocionan cuando les dices que la escuela es «como tu segundo hogar», nunca falla... ya has hecho la prueba, ¿no?

—Tienes razón.

—Y hay muchas frases más, horribles y cursis todas, que nunca fallan y que se pueden usar en diversas situaciones.

—¿Como cuál?

—«Hacer tus sueños realidad».

—¿Qué?

—«Hacer tus sueños realidad».

—No entiendo.

En ese momento la maestra Chelito, desde el frente de la clase, se dirigió a Isabel y le dijo en

voz alta, evidentemente molesta y con el ceño fruncido:

—Parece que tu conversación es muy interesante, Isabel Martínez, y quizá te gustaría compartir con todos lo que le estás diciendo a Javier. Ponte de pie y quiero que repitas lo que estabas cuchicheando.

—Era algo sin importancia, Chelito.

—¡Que lo repitas he dicho! —gritó aquella que diez minutos antes había pedido amablemente: «Quiero que me vean como a una amiga», pero que quizá debió aclarar que con ese genio bien podría ser amiga de Chucky, «el muñeco diabólico».

Los dos nos quedamos algo asustados, Isabel se puso de pie, se acomodó el uniforme y respondió:

—Lo que le estaba diciendo a Javier era que al haber llegado a este colegio... mis sueños se han hecho realidad.

La maestra volvió a poner cara de llanto, eliminó de su rostro la mueca de rabia y con sonrisa temblorosa comentó:

—Bellísimas palabras, cariño, bellísimas.

Isabel se sentó nuevamente con gesto triunfante, me miró y en voz muy bajita añadió:

—Te lo dije.

3

Hasta las 11:45 de aquel primer día de clases, nadie, salvo Isabel, me había dirigido la palabra.

Durante el recreo ambos decidimos caminar por todo el colegio, en un acto que podría llamarse «reconocimiento del terreno».

En realidad, me habría gustado mucho más que alguien me invitara a jugar fútbol o canicas, pero ya he dicho que mis compañeros me habían dado una primera impresión muy poco amable, eran seres fríos que me miraban como si yo llevara en el cuello un collar de ajos.

En un momento decidí separarme de Isabel, quería ir al baño y eso es algo que para los chicos no admite ningún tipo de compañía. Gran diferencia con las chicas, que siempre van de a dos o de a tres, como si al llegar solas al baño, el sanitario se convirtiera en un monstruo amenazante dispuesto a tragárselas vivas mientras están ahí sentadas. Caminé por uno de los grandes patios sin encontrar nada parecido a un baño; en un colegio en que hasta las escaleras tenían rótulo, yo no había logrado encontrar una sola puerta con esa figurita clásica de un hombre con cabeza redonda y cuerpo cuadrado, que indica que ahí hay un baño.

Me atreví a preguntarle a una pequeña niña, y ella me orientó de una manera tan sencilla como si yo debiera encontrar un baño en Hong Kong. Me dijo:

—¿Ves a ese grupo que está saltando la cuerda?

—Sí.

—Bueno, llegas hasta ahí, giras a la derecha y caminas más o menos unos 20 metros, luego giras a

la izquierda hasta donde está un árbol viejo y gordo, frente a ese árbol está el edificio de la primaria y al lado están los juegos para los del jardín de infantes, avanzas hasta los columpios y luego giras hacia la derecha, ahí verás un pasillo que conduce a unas escaleras, bajas por ellas y ahí está el baño.

—Gracias.

Intenté seguir las complicadísimas instrucciones, pero evidentemente no pude dar con el objetivo. Entonces decidí optar por una solución infalible... mi olfato.

Mi abuela siempre me lo ha dicho:

—Si no sabes cómo llegar a un baño, guíate por el olfato.

Y tiene razón, porque el olor a desinfectante, cloro y demás sustancias con las que limpian los baños es tan tan tan fuerte que uno los descubre a varios metros de distancia. Además pareciera que aunque los fabricantes se esmeran en intentar que el olor de esos productos se asemeje a pino, manzana y flores primaverales... hagan lo que hagan siempre consiguen que el desinfectante de pino huela a baño; el de manzana, a baño; y el de flores primaverales, a flores primaverales... luego de tres meses de que la primavera ha terminado.

De acuerdo con lo previsto, después de un par de minutos el olor se hizo presente, caminé hacia el centro y ahí estaba. Había solo una puerta y la abrí, o eso es lo que quise hacer. En el primer segundo me percaté de que mi olfato no me había engañado.

Eso que estaba ahí era, evidentemente, un baño: varias puertas que conducían a los sanitarios, un gran espejo, algunos lavamanos y frente al espejo... ella, la niña más hermosa que he visto en mi vida. Me miró, y a partir de ese momento todo pareció transcurrir en cámara lenta, como en las escenas románticas de las películas.

Se acomodó un mechón de pelo rizado que le caía sobre la mejilla y caminó hacia mí. No sabría decir en qué momento mi corazón se detuvo, quizá el flechazo de Cupido lo mantuvo inmóvil durante varios minutos. La respiración, que en un momento parecía acelerada, también se detuvo. No me pude mirar al espejo, pero tengo la certeza de que estaba rojo como un tomate. Sentía que mis mejillas ardían como dos brasas.

Ella se acercó, yo permanecí de pie junto a la puerta entreabierta, tomó la cerradura, se impulsó y gritó:

—¡Largo de aquí, tonto, este es el baño de mujeres!

Acto seguido lanzó la puerta contra mi nariz. El olfato, que momentos atrás me había funcionado con tanta eficacia, ahora se encontraba lesionado quién sabe hasta qué punto. Pero también mis oídos se habían afectado al haber escuchado en volumen de altoparlante la palabra «TONTO».

La hemorragia fue todo un suceso; cuando pude separarme de la puerta me di cuenta de que la sangre fluía de mi nariz como un río.

Caminé torpemente sin saber adónde ir, hasta que volví a encontrar a Isabel que, asustadísima, me llevó hasta donde la maestra Consuelo (Chelito... ¡qué nombre horrible!).

De inmediato me convertí en noticia fresca. Si hubiera un periódico en el colegio, no dudo de que mi fotografía habría aparecido con un gran titular en la primera plana: «Sangre en la nariz de ‘el nuevo’».

Pero la autora del golpe no pudo imaginar en ese instante todo lo que ese encuentro provocó en mí. Lo primero y lo más evidente: un flechazo en el corazón que me dejó conmocionado, y lo segundo y más curioso: un chorro de sangre que me convirtió, el primer día de clases, en un tipo muy popular. Camino a la enfermería, todos y todas me miraban como a un héroe, como si las manchas de mi camiseta y los dos tarugos de papel higiénico que Chelito supo colocar en sendos agujeros de



mi nariz, fueran visibles trofeos ganados tras una lucha encarnizada contra un dinosaurio.

Siempre me ha parecido sorprendente lo que puede hacer una hemorragia nasal o un yeso en el brazo, a favor de la popularidad de cualquiera. Lo he visto en muchas ocasiones, basta con que alguien llegue al colegio con unas muletas o con un yeso en mano, brazo, pie o pierna, para que todas las chicas lo consideren guapo y tierno, y para que los chicos lo miren como a un tipo rudo y valiente.



—¿Qué ocurrió, cariño? —preguntó Chelito mientras la enfermera me limpiaba la sangre.

Yo no sabía qué responder, pero lo único que tenía claro era que, en este caso, decir la verdad solo complicaría las cosas. Si un niño dice que se metió en el baño de mujeres «por equivocación», nadie

se lo creará. Irá inevitablemente a la Dirección General donde lo mantendrán de pie en una esquina hasta que sus padres o la policía lleguen por él. Luego le recitarán la cantaleta aquella de «Tienes derecho a permanecer en silencio, todo lo que digas podrá ser utilizado en tu contra...» y finalmente irá preso, atado con una camisa de fuerza, por el resto de su vida sin posibilidad de acudir a la ayuda de un buen abogado. O quizá (esto lo he visto en las películas) lo colocarán en medio del patio del colegio, con un uniforme viejo y roto, y todos le lanzarán pelotas de papel arrugado al tiempo que gritarán: «¡que lo echen!» mientras con el puño en alto colocarán el dedo pulgar en dirección al piso. O en el peor de los casos lo someterán a trabajos forzados de por vida, y deberá limpiar los baños de todos los estadios del país.

Ante ese panorama de terror respondí:

—No lo sé, Chelito, caminaba cerca de la cancha de fútbol y recibí un pelotazo en plena nariz.

—¿Un pelotazo fantasma o con dedicatoria?
—preguntó la maestra con claro afán por encontrar culpables.

—Fantasma, definitivamente, no. He sabido que los fantasmas atraviesan paredes y supongo que también atraviesan narices. Y este pelotazo se detuvo en mi cara.

—Lo que quiero saber es si conoces quién fue el estudiante poco prevenido que lanzó un golpe de pelota tan fuerte.

—Ah, no, no lo sé, no conozco a nadie en este colegio, recuerde que soy «nuevo».

—Podríamos investigarlo... si tus padres lo exigen yo no tendría problema en buscar al culpable.

—No lo creo necesario, yo no quiero guardar resentimientos en mi corazón.

—Bellísimas palabras, Javier, bellísimas —dijo Chelito emocionada.

Con eso ratifiqué que Isabel tenía razón en cuanto a su teoría sobre las «frases horribles que siempre funcionan»; pero además evité una investigación que pondría de relieve ante todos que mi golpe provenía realmente de un portazo ocurrido cuando yo intentaba, sin querer, introducirme en un baño al que no debía entrar.

Luego de la atención que me brindaron en la enfermería, regresé a la clase entre los murmullos de admiración de mis compañeros y compañeras. Entré con la camiseta manchada de sangre y mientras avanzaba hasta mi sitio alguien me preguntó:

—¿Qué te ocurrió?

—Un accidente —respondí con voz de superhéroe.

—¿Un accidenteee? —preguntaron a coro algunos.

Parecía como si la sangre me hubiera convertido en un ser visible. Hasta una hora antes de ese suceso nadie reparaba en mi presencia, pero luego de la hemorragia, sin duda todos tenían ojos y atención para mí.

—Sí, por suerte fue algo sin importancia —añadí.

—Pero, ¿cómo fue? —preguntó una niña.

—Nada serio, un golpe... cuando estaba cerca de la cancha de fútbol.

—¿Y te duele mucho?

—Nnnnnno, tengo buena resistencia ante el dolor, la enfermera me dijo que el golpe fue muy, pero muy fuerte, y que le sorprendía que yo estuviera tan tranquilo.

Ya en aquel momento tenía claro que podría inventar una historia asombrosa alrededor de mi accidentada nariz. Al parecer no había testigos del portazo que esa niña me había dado.

—¿Te diste de golpes con el culpable? —preguntó un chico de la primera fila.

—No, fue un pelotazo fantasma. Alguien desde la cancha de fútbol que estaba al otro lado de la pared dio una patada tan fuerte que el balón atravesó hasta el corredor por el que yo caminaba y me golpeó.

—¿Solo un pelotazo?

Me di cuenta de que incluir un balón en el accidente podía ser poco atractivo, necesitaba que esto luciera más aparatoso y complicado.

—Bueno, fue un pelotazo tan fuerte... qué sé yo, debía de venir a 200 kilómetros por hora, que tras el impacto caí y rodé por las escaleras que están junto al pasillo.

—¿Y qué hiciste en ese momento? ¿Te desmayaste?

—No, continué caminando como si nada. En realidad, como ya dije, soy muy resistente al dolor. Unos metros más allá me di cuenta de que sangraba.

A punto de convertirme en el ídolo de todos... una niña se puso de pie, me miró de frente y con una extraña sonrisa me dijo:

—Vaya, vaya, vaya... créeme que estoy sorprendida con tu historia, hasta parece mentira.

Cuando la miré me quedé petrificado. Era ella, la autora del golpe en mi nariz. La misma que me había gritado T-O-N-T-O a todo pulmón. Hasta ese momento no me había percatado de que asistíamos a la misma clase. Me puse verde y no supe qué decir, me sentí como el idiota más grande del planeta. Estaba a punto de desmayarme, cuando ella, todavía sonriente y luminosa, repitió con lentitud su última frase:

—Hasta parece mentira...

Por suerte el timbre de salida sonó. El primer día de clases había terminado. Tomé mi mochila nueva y salí tan pronto como pude. Ni siquiera alcancé a despedirme de Isabel, que a la distancia me gritó: «Adiós, Javier, te veo mañanaaaa».

4

Llegué a casa agotado, más por los nervios que por cualquier otra cosa. Cuando mamá me miró, con la ropa llena de manchas de sangre, me preguntó alarmada:

—¿Qué te ocurrió, Javier? ¿Estás bien?

Tocó cada parte de mi cuerpo para ver si funcionaba correctamente. Hizo un recorrido con sus manos

por cada hueso, por cada músculo, a la espera de que en algún momento yo dijera «ay», y como no me dolía nada se quedó más tranquila.

—Nada, mamá, un pequeño accidente en el colegio, algo sin importancia, me golpeé contra una puerta y me sangró la nariz.

—¿Contra una puerta? No entiendo.

—Te lo diré si me prometes que no irás al colegio a armar un despelote.

—Te lo prometo.

—Bueno; quise ir al baño, y por un error estuve a punto de entrar al de mujeres. Una niña se abalanzó sobre la puerta y... eso fue lo que pasó.

—Pero, ¡cómo es posible! —preguntó mamá—, ¿acaso no hay un rótulo en la puerta de cada baño?

—Pues no, pero ya lo van a colocar para evitar futuros accidentes.

Mamá se quedó un poco más tranquila con mi explicación, me tocó por última vez la nariz para cerciorarse de que no me dolía, y luego me pidió que me sacara la ropa para poder lavarla. Esto último no sin cierto fastidio propio de la profesión «mamá»:

—Ahora me tocará poner blanqueador en esta camisa, ojalá y salgan las manchas, de lo contrario la única opción será comprarte una nueva... en el segundo día de clases, como si no hubiéramos gastado ya suficiente dinero.

En casa, al contrario que en el colegio, luego de mi hemorragia yo no era ningún superhéroe.

En mi corta experiencia, cada vez que me ha sangrado la nariz dentro de territorio hogareño, he acudido a mamá, quien después de poner cara de susto me ha dicho: «¿Ya ves lo que te ocurre por meterte los dedos a la nariz?, ve a lavarte». Pareciera como si muchos de los problemas de madres e hijos se solucionaran con agua y jabón. Al menos mi mamá está llena de frases que sugieren aseo: «¿Ya te lavaste las manos?» «¿Qué esperas que no te bañas?» «Te limpiaste bien detrás de las orejas?» «¿Ya te cepillaste los dientes?» «Ve a sonarte».



A veces he llegado a pensar que mi mamá, además de mirarme como a la luz de sus ojos, el tesoro de su vida y la razón de su ser... también me mira como a una pequeña máquina productora de mugre. En una ocasión, cuando yo estaba a

punto de entrar a la ducha, mamá llegó al extremo de decirme: «No te olvides de limpiarte el ombligo y las corvas».

Bueno con el ombligo ningún problema pero, ¿sabe alguien qué rayos son «las corvas»?

He estudiado el aparato digestivo, el respiratorio, el reproductivo y el circulatorio, me he aprendido nombres horribles como «vesícula biliar», «falangeta» y «duodeno» y juro que jamás ninguno de mis maestros ha mencionado una parte del cuerpo llamada «corva».

Cuando no conozco una palabra me gusta repetirla en voz alta varias veces intentando adivinar la definición a través de lo que el sonido me sugiera: «Corva, corva, corva, corva».

Corva me suena a... una parte importante del cuerpo de un insecto, la cabeza, probablemente: «Cuando el grillo es adulto, la corva ocupa la tercera parte de su cuerpo». Suena convincente, ¿no?

O podría ser también una especie de cuchara gorda de madera: «Ponga dos claras de huevo y una taza de harina en el recipiente y revuélvalas fuertemente con una corva». También suena razonable.

O quizá podría ser una verruga de esas que tienen las brujas en la nariz y en la frente: «Se llamaba Marga y tenía una corva peluda en la punta de la nariz».

Bueno, la verdad es que con ese ejercicio estaba un poco lejos de la realidad. Cuando aquella vez mamá sugirió el aseo de ese desconocido lugar,

entré al baño, me quité la ropa y antes de meterme en la ducha me miré en el espejo. En ese momento inicié un recorrido visual y repetí uno a uno los nombres de las partes de mi cuerpo, pensé que si había alguna que no pudiera nombrar... quizá esa sería una corva. Pero ojo, ella había dicho «corvas» en plural, entonces debían ser dos o más, con eso ya quedaban eliminadas muchas partes que vienen en versión individual. Pasaron varios minutos y finalmente creí descubrir el dilema: hay partes del cuerpo que mamá pronuncia sin problema (brazo, codo, pie, etc.), pero existen otras que ella no mencionaría ni loca, «testículos» por ejemplo. Entonces pensé que cuando ella decía «corvas» quizá estaba utilizando una manera disfrazada, un apodo, para referirse a ellos. Eso pasa, las madres son expertas en inventar apodosos muy curiosos para ciertas partes del cuerpo cuyos nombres les da vergüenza pronunciar.

Entonces creí que mi duda se había resuelto y a partir de entonces incluí a las corvas en la lista de mi aseo diario.

Pasaron meses y meses de limpieza a conciencia, cuando un día casi trágico conocí la verdad. Recuerdo que salía de la ducha envuelto en una toalla inmensa, cuando mamá inició el interrogatorio «post-baño», este, para garantizar el nivel de aseo, siempre venía repleto de palabras repetidas:

—¿Estás seguro de que te lavaste todo, todo, todo?

—Sí, mamá, estoy seguro.

—¿Seguro, seguro, seguro?

—Sí.

—A ver, a ver, ven que te voy a revisar orejas, cuello y corvas.

—¿También las corvas? —pregunté asustado.

—Claro —respondió muy firme.

Intenté escapar, armar una trifulca, o, por último, llamar al 911 porque no estaba dispuesto a que mamá me mirara las corvas... yo ya no era un bebé. Pero ante la fuerza de sus brazos quedé inmovilizado.

Primero me miró dentro y detrás de las orejas.

—Orejas... limpias —dijo contenta.

Luego movió mi cuello de lado a lado para ver si quedaba algún rastro de mugre.

—El cuello... pasa la prueba.

Y cuando finalmente pensé que llegaría el instante más vergonzoso de mi vida, ella me volteó, me miró detrás de las rodillas y dijo:

—Corvas... limpias.

Lo repito: Ella me miró DETRÁS DE LAS RODILLAS. Meses y meses lavándome unas corvas que no lo eran, para un día aprender que con ese nombre tan masculino y serio, las corvas son la parte de atrás de las rodillas.

Me sentí tan ridículo como si hoy la ciencia descubriera que el Tiranosaurio Rex (mi ídolo) resultó ser una especie de mariposita prehistórica.

En fin... creo que es cierto eso que dice mi abuela: «Todos los días se aprende alguna tontería nueva».



Ángeles

1

Al día siguiente llegué al colegio con el rostro verdoso e hinchado. Mi nariz parecía un grueso salchichón. Aunque mi mamá había utilizado todas sus recetas caseras para evitar la inflamación, creo que los resultados no fueron los mejores. Ni la carne cruda sobre la zona golpeada, ni la pomada de hierbas silvestres, ni el talco caliente, ni la bolsa de hielo, ni las compresas de hierbas medicinales fueron un remedio totalmente eficaz, nada me impidió llegar al colegio con aspecto de boxeador sin suerte.

Pero si bien no sentía mucho dolor, la idea de volver a la clase y encontrarme frente a frente con mi agresora, que a la vez se había transformado en mi amor platónico, era un tema que me ponía la piel de gallina. Ella era la única que sabía la verdad

y tenía el poder de delatarme ante todo el colegio, incluidos Chelito y el licenciado Seco.

Le pedí a mamá que me permitiera faltar a clases, no quería que me vieran con esa apariencia, pero ella se negó... siempre se niega. Me dijo:

—Para escuchar las lecciones no necesitas la nariz y para aprender no importa que tengas el rostro hinchado.

En la ironía nadie le gana, ella dijo «hinchado» pero en realidad debió de pensar que parecía una de aquellas almohadas viejas que de tan destartadas las descienden a la categoría «cama para la mascota».

Mamá nunca me dejará faltar a clases. A veces he llegado a pensar que durante las mañanas, luego de que José y yo salimos al colegio, ella se convierte en un monstruo peludo; y que a partir de las dos de la tarde, hora en la que regresamos a casa, ella vuelve a transformarse en una bella y abnegada mamá. Por eso, para seguir guardando su secreto, debe asegurarse de que nosotros estemos fuera de su espacio en las horas de la mañana.

En fin, llegué al colegio un poco temeroso por lo que podía esperarme. La niña aquella, la del portazo, o se olvidaba del tema, o me delataba y me sometía a la vergüenza eterna.

Ya en la puerta del colegio me sorprendió que todos y todas me saludaran. El día anterior, el primero en el Instituto Educativo 1 de Marzo, mi presencia había sido ignorada absolutamente, había

pasado desapercibido; pero, sin duda, un día después las cosas lucían distintas.

—¿Te sientes mejor?

—¿Puedes respirar?

—¿Te pondrán un yeso?

—¿Fuiste al médico?

—¿Todavía te duele?

—¿Te rompiste algún hueso?

—¿Puedes hablar?

Bueno, bueno, bueno, con tanta inquietud estaba a punto de creerme más popular que el café con leche.

Mientras me dirigía a la clase un chico, que imagino debía de ser mi compañero, decidió gentilmente cargar mi mochila. Dos niñas que caminaban frente a mí, como guardaespaldas, y cerca de 12 que iban detrás hacían todo tipo de preguntas y mostraban su preocupación y admiración.

Pero la fama alcanzaba incluso a los años inferiores; en el trayecto pude escuchar lo que yo asumí que pronto se convertiría en una leyenda de ejemplar valentía. Un niño de cuarto comentaba con otro de primero:

—Dicen que fue un balonazo más potente y veloz que un cohete.

—Sí, y que atravesó varias paredes hasta que impactó el rostro del «nuevo de séptimo».

—Dicen que el golpe fue tan fuerte que el pobre chico cayó y rodó 15 escalones de cemento puro.

—Y no se quebró ni un solo hueso.

—Y no derramó ni una sola lágrima.

—Ese tipo está hecho de roca.

—De roca y acero.

Supermán, ni más ni menos, en eso me había convertido en mi segundo día de clases. Nada mal, ¿no?

Mientras cruzaba por el salón hasta el final, me encontré rodeado por tanta gente que no pude fijarme si ella, la niña del portazo, había llegado ya.

Cuando Chelito entró y nos exigió que ocupáramos nuestros sitios, al fin pude localizarla. Estaba ahí, sentada en un pupitre a la misma altura que yo, pero en la primera columna. Era muy linda, tenía el cabello largo y rizado. Lo llevaba atado con una cinta gruesa detrás de la cabeza. Me impresionaron sus grandes ojos rasgados y profundos.

Me miró.

La miré.

Sonrió.

Sonreí.

Sentí una extraña presión en el pecho... imagino que la flecha del día anterior seguía clavada dentro de mí. Aunque no lo vi volando por ningún lado, asumí que Cupido andaría cerca con arco y flecha en mano. Esa niña provocaba en mí algo muy especial que nunca antes había experimentado.

Todavía vagaba por las nubes con la sonrisa congelada cuando Isabel me dio un codazo y me dijo en voz baja:

—Esto te lo envía Ángeles.

Me entregó una hoja de cuaderno, doblada y sellada con cinta adhesiva. En el exterior decía «Para Xavier».

—¿Quién es Ángeles? —pregunté.

—Es ella —dijo señalando a mi amor platónico que al darse cuenta de todo volvió a sonreír.

Yo correspondí con otra sonrisa empalagosa, como un bobo, y agradecí levantando ligeramente mi mano derecha.

Confieso que cada vez que sonreía, la cara me dolía mucho y, además, sentía que las fosas nasales se me inflaban hasta quedar como las de un marrano.

Se llamaba Ángeles. Claro, una niña de una belleza tan celestial no podía sino llamarse Ángeles.

Me dispuse a abrir su nota, las manos me temblaban. Cuando tuve el papel abierto frente a mí me di cuenta de que en él había un dibujo grotesco.



Sin duda se trataba de mí, era una caricatura de un niño con la nariz sangrante y ojos amoratados, que estaba de pie junto a una puerta en la que decía «Baño de mujeres».

En la parte superior ella había escrito una leyenda que decía:

«Te tengo en mis manos, TONTO».

Y en lo que tiene que ver con la última palabra, no admitía la mínima duda... yo acababa de agradecer con sonrisa, saludo y gesto de idiota una carta en la que una niña llamada Ángeles me amenazaba de muerte (o casi).

En ese momento me sentí mareado ante la evidencia del peligro que corría; esa niña tenía el panorama muy claro, sabía que al delatarme ante la maestra podría provocarme serios problemas con el director y con mis padres... y además podría quitar de mi pecho esa marca de superhéroe que en 24 horas me había ganado como en una lotería.

Un poco ansioso por esa certeza levanté la mano y le dije a Chelito:

—¿Puedo salir un momento a la enfermería? Es la hora en que debo tomar un analgésico.

Era una excusa, claro, lo que quería era abandonar el salón, tomar aire y pensar en una o dos ideas que pudieran salvar mi pellejo.

Chelito, comprensiva, me respondió:

—Por supuesto, Javier, pero no vayas solo, todavía no conoces bien el colegio. Ángeles, cariño... ¿podrías acompañarlo?

ENFERMERÍA



Quise gritar «Nooo, por favor, ella no...», pero Ángeles, con rostro de niña buena, se apresuró a responder con su dulce vocecita:

—Claro que sí, Chelito, será un placer acompañar a Javier.

Tragué en seco y sentí que me había llegado la muerte.

2

Apenas la puerta del salón de clases se cerró y salimos al pasillo, Ángeles colocó su dedo índice sellando sus labios e indicándome que no dijera nada.

Caminamos en silencio hasta uno de los patios mientras mi corazón latía con terror. Entonces, sin poder más, enfrenté al toro por los cuernos:

—Bueno, ¿qué quieres de mí?

—¿Yo? Nada —respondió sin siquiera mirarme.

Su voz era suave, apacible, parecía como si esas dos palabras fueran el inicio de un poema de amor.

—No comprendo, me envías un papel en el que dices que me tienes en tus manos y...

—Aaaah, lo dices por la nota que le pedí a Isabel que te entregara.

—Sí, claro, por qué más iba a ser.

—No seas tonto, era una broma, te envié esa nota solo para ver la cara que ponías... ya la vi, eso era todo.

—¿De verdad?

—Claro, tú no me conoces, soy una bromista de primera.

—Entonceeees, ¿no me vas a delatar? —pregunté intrigado.

—Claro que no.

No sabía qué pensar. José, mi hermano, siempre dice que soy un alarmista, que me asusto porque vuela una mosca; en esa oportunidad pensé que José tenía la razón.

—Muchas gracias, Ángeles, te lo agradezco de verdad, pensé que podrías meterme en problemas.

—¿Ah, sí? ¿Qué tipo de problemas?

—No sé, pensé que podrías contar en plena clase que estuve a punto de entrar al baño de niñas, o delatarme con Chelito y el licenciado Seco, qué sé yo... la verdad es que pensé que podrías acabar conmigo, qué bueno que todo fue una broma.

—Descuida Javier, no tienes por qué asustarte, yo no sería capaz de hacerte daño, quiero que seamos amigos.

Mientras decía estas palabras ella me regalaba una gran sonrisa, y yo, que todavía no era un experto en el manejo de ese tipo de propuestas, emociones y sonrisas, comencé a disparar nerviosamente un millón de palabras que no eran capaces de encontrar una pausa razonable.

—¿Amigos? ¿Lo dices en serio? ¡Qué bueno, Ángeles!, porque a mí también me encantaría, yo nunca he tenido una amiga, tú serías la primera, y la mejor, claro. ¡Eso!, a partir de hoy serás mi mejor

amiga, y no mi mejor amiga en el colegio, que eso se queda muy corto, serás mi mejor amiga en todo el país, y en el mundo, y en el universo, sí, y nuestra amistad durará para siempre, hasta cuando mis bisnietos tengan bisnietos, ¿estás de acuerdo?

—De acuerdo —respondió ella y volvió a sonreír.

Luego de este breve diálogo sentí que mi corazón volvía a latir con alivio y normalidad. Ángeles recuperó de inmediato la categoría de «mi amor platónico» y yo, la confianza de que no volvería a desplazarla de ahí.

Al llegar a la enfermería le pedí que me permitiera entrar solo, no quería que además descubriera que lo del analgésico había sido otra excusa desesperada. Entré, le dije a la enfermera que había querido visitarla para darle las gracias por su ayuda y con eso justifiqué mi presencia allí. Al salir, Ángeles me esperaba sentada junto a la puerta.

—¿Todo bien? —me preguntó.

—Sí, todo bien.

—¿Ya te sientes más tranquilo?

—Totalmente.

Volvimos al salón de clase y pensé que mi vida retomaría su curso normal y exitoso. Me sentía extrañamente feliz y tenía la sensación de que esa felicidad me duraría, cuando menos, 164 años.

Pero estaba muy lejos de la realidad.

Tan pronto llegué a mi pupitre escuché que Ángeles le solicitaba a la maestra que le permitiera comentar algo con toda la clase:

—Si no fuera algo realmente preocupante, no me atrevería a interrumpir la hora de Geografía, Chelito. Pero creo que se trata de un tema muy delicado.

—Adelante, cariño —dijo la maestra— ¿qué es eso tan preocupante que nos tienes que decir?

—Bueno, lo que quiero denunciar ante la clase es una falta de respeto que afecta a las chicas de este y otros cursos.

—¿A qué te refieres, cariño? —preguntó Chelito.

—Me refiero a Javier, «el nuevo». Ayer en el recreo, intentó arbitrariamente entrar al baño de mujeres y tuve que impedírselo a la fuerza. De hecho, el golpe en la nariz lo recibió cuando yo tuve que cerrar la puerta para evitar que él entrara.

Me quedé pasmado. No podía creer lo que estaba escuchando, debía de ser una pesadilla, Ángeles era una bruja miserable.

—Pero qué dices —exclamó con un alarido Chelito—, esa acusación es muy grave. Javier, ponte de pie y ven al frente de la clase.

Un intenso color rojoverdoso cubría mi rostro. Sentía que toda la clase me miraba como a un criminal. Las chicas susurraban expresiones tipo: «¡qué descarado!», «es un atrevido», «¡sinvergüenza!».

—Será mejor que tengas una disculpa convincente ante esta denuncia —me dijo la maestra con sus ojos desorbitados—, de lo contrario este, tu segundo día de clases podría ser el último. Si hay algo que el Instituto Educativo 1 de Marzo no tolera es la indisciplina y el irrespeto. ¡Vamos, habla!



Me quedé en silencio, estaba aturdido, no sabía qué decir. La maestra continuó:

—No te quedes ahí, como una estatua. Explícanos por qué pretendiste entrar a la fuerza al baño de señoritas. Si no respondes inmediatamente, tendré que llevarte a la Dirección General para que le presentes tu declaración al licenciado Seco y a tus padres. ¡Qué esperas!

Durante esos segundos de blablablá asfixiante y ruidoso de Chelito, yo sentía que el tiempo no corría, mi cabeza daba vueltas y no atinaba una forma digna de escapar ante tanta presión.

Mis padres me han enseñado lo bueno de ser un tipo que no se busca líos ni complicaciones, a no

ofender ni atacar a nadie. Si bien yo no quería que a Ángeles ni a Chelito les ocurriera nada realmente malo ni que un piano se les desintegrara en la cabeza, en aquel momento les pedí a los ángeles, a los verdaderos, a los que tienen alas y viven en el cielo, que hicieran uso de sus superpoderes milagrosos y me ayudaran con un favor especial: quería que a esas dos chicharras la lengua se les convirtiera en piedra pómez por las siguientes dos horas.

Volví a escuchar el «¡Qué esperas!» de la maestra, con un eco que se apoderó de toda la atmósfera, entonces tomé aire y decidí que contaría toda la verdad, aun a costa de que eso significara que me pusieran en la calle, antes de que el uniforme nuevo se me hubiera desgastado en las rodillas.

A punto de pronunciar la primera palabra, alguien se levantó en la clase y dijo con voz firme:

—Javier es inocente, la culpa es solo mía.

Todos los ojos giraron hacia el lugar de donde provenía esa voz. Al fondo de la clase, de pie y tan fresca como una lechuga estaba Isabel Martínez.

3

La abuela siempre me contó historias. Cuando era muy chico me leía cuentos o simplemente me relataba pasajes de su vida. Al principio yo me lo creía todo, de principio a fin, si la abuela me decía que la bruja del cuento tenía 7 pelos en el bigote, yo podía jurar ante un notario público que esa era

la verdad más absoluta: 7 pelos, no 9, no 23... eran 7 pelos en el bigote y punto.

Un día ella me dijo que en su pueblo había conocido a un hombre que tenía la oreja situada en medio de los ojos, en el lugar mismo donde debería ubicarse la nariz. Me contó que todos lo miraban con lástima e incluso con miedo, pero que él, extrañamente, se mostraba muy feliz. Según mi abuela, ella decidió un día ir hasta donde el hombre vivía para preguntarle la razón de su felicidad. Él le dijo entonces:

—Todas las personas en el mundo acercan una rosa a su nariz y perciben su perfume. Yo soy afortunado porque cuando me aproximo a una rosa puedo escucharla cantar para mí.

La abuela me relataba esta historia, la del hombre que escuchaba a las flores, y yo estaba seguro de que cada palabra sería la exacta y real.

Luego, con el paso del tiempo, comencé a darme cuenta de que mucho de lo que la abuela me contaba tenía su pincelada propia, su cuota de fantasía, su dosis de exageración.

—Es como añadir condimentos a la comida —me decía ella para justificar sus ideas locas—, a veces es bueno probar otros sabores, jugar con lo dulce o hacer una mueca con lo amargo. Si todo tuviera el mismo sabor y la misma temperatura, la vida sería muy aburrida, ¿no crees?

Pero hay algo mucho más importante que la abuela me enseñó en esos tiempos larguísimos en

que yo me sentaba a su lado para escuchar sus historias y compartir sus lecturas. Recuerdo que llegado un instante cualquiera del relato, instante elegido por la abuela, sin importar si a la historia todavía le faltaban 180 páginas para llegar al final, ella se detenía, cerraba el libro, lo guardaba y me decía:

—Quiero que pienses Javier, ¿qué pasaría si el final de la historia fuera este?

—Pero, abuela, aún Cenicienta ni siquiera ha conocido al príncipe, el cuento no puede terminar así.

—Eso no importa, lo que quiero que pienses es en otra manera o en otro momento para terminar la historia.

Entonces yo me quedaba en blanco por unos minutos dando vueltas y vueltas a la propuesta que la abuela me hacía, y al final le respondía:

—Bueno, si el cuento llegara hasta cuando las dos hermanastras se muestran antipáticas y odiosas, tendríamos que pensar que o Cenicienta se sacude o termina por acostumbrarse a que la sigan tratando como a un trapo viejo por el resto de su vida.

—O tal vez lo más conveniente sería que Cenicienta acudiera a una comisaría para denunciarlas por maltrato, imagino que hasta en los cuentos de hadas existen comisarios y agentes de policía... quizá hasta podría llevarlas a prisión —decía la abuela emocionada y con claro espíritu justiciero.

—O podría acudir a un periodista que se interesara en publicar su caso en un periódico. O podría

hacerse millonaria viajando por varios países con unos ratones que hablan y con unos pajaritos que cosen vestidos de fiesta.

La abuela me interrumpía y agregaba sus propios ingredientes:

—O podría llamar a su hada madrina y, en lugar de solicitarle un vestido y unos zapatos de cristal, podría dejarse de deseos bobos y pedir directamente unos pantalones vaqueros, una mochila y una supermotocicleta para viajar por todo el mundo.

La abuela me enseñó a jugar con los finales. Aún ahora, cuando recordamos los viejos cuentos, ella me invita a que sigamos encontrando nuevas maneras de llegar a la palabra FIN.

Hace unas semanas le pregunté:

—Oye, abuela... no hemos pensado en la eventualidad de que Cenicienta realmente quiera, a toda costa, casarse con un príncipe, ¿crees que deberíamos contemplar la posibilidad de que se casen, sean felices y coman perdices?

Yo sabía que a la abuela no le gustaban los finales con matrimonios... ella decía que antes de ese final, los escritores deberían ser más creativos y proponer cosas tipo: «y se enamoraron, y estudiaron en la universidad, y conocieron el mundo, y se matricularon en un curso para conocer las estrellas, y adoptaron una mascota, y subieron a varias montañas, y aprendieron a cocinar platos típicos de Kuala Lumpur, y aprendieron italiano y portugués, y se juntaron a un grupo de activistas por la

paz, y se dedicaron a recolectar manzanas en cada abril...».

Ella me preguntó:

—¿Crees que Cenicienta quiera casarse con el príncipe?

—Bueno, no lo sé, pero qué pasaría si así fuera.

—Es una buena pregunta Javier, y creo que entre las buenas alternativas de un final adecuado podría estar la del matrimonio. Si Cenicienta y el príncipe insisten en casarse con tanta urgencia, yo diría que está bien, pero le buscaría una vuelta más creativa, escribiría: «se casaron, fueron felices y jamás comieron perdices porque Cenicienta y el príncipe pertenecían a la Asociación de Vegetarianos Protectores de las Aves Silvestres en Peligro de Extinción de los Cuentos de Hadas», ¿qué te parece?

Creo que no lo dije antes... mi abuela es vegetariana.

4

Isabel se puso de pie y dijo:

—Javier es inocente, la culpa es solo mía.

Yo recordé a mi abuela, quise que en ese momento alguien le escribiera la palabra FIN a esa historia para inventarle uno nuevo, que el tiempo no avanzara por donde quería fluir, sino que se colara por un recoveco y encontrara una salida creativa.

Si luego del instante en que Isabel había decidido atribuirse la culpa no se hubiera suscitado ni

un solo hecho más; si la maestra no hubiera continuado con su interrogatorio feroz, si las miradas de todos no se hubieran adherido como moscas al rostro de «la nueva»...

Quizá yo habría pensado que Isabel era un ángel que había venido volando desde el cielo... pero volando en un *jet* de última generación, porque si venía agitando sus alas emplumadas quizá habría demorado más de lo necesario y no habría llegado en el momento preciso para liberarme. Un ángel que había aterrizado para salvarme el pellejo, para evitar que la multitud me apedreara en pleno salón de clases. Y por ese motivo, por salvarme del terrible aprieto en el que me encontraba, yo le habría construido un monumento en uno de los parques de la ciudad, le habría inventado canciones de gratitud y le habría escrito un poema con rima forzada titulado:

Isabel eres un ángel

(con perdón de la Ortografía)

Si yo hubiera podido crear otro final, habría llamado a esa hada madrina gorda, la de Cenicienta, y le habría pedido que me concediera un deseo: «que convirtiera mi mochila en una gran calabaza, para lanzársela en plena cabeza a Chelito y a esa bruja llamada Ángeles».

Bueno, cabe también la posibilidad de otro final menos poético y nada celestial.

Quizá era lógico creer que Isabel estaba loca de atar, porque se estaba echando un problemón ajeno encima, y ella tan tranquila como si nada.

Estaba embarrando su segundo día de clases con un fango casi imposible de limpiar, estaba apuntando su nombre con puño y letra propios en la temible lista negra del licenciado Seco y de la maestra Consuelo (¡qué pocas ganas de llamarla «Chelito»!).

O quizá todo esto era una pesadilla; tal vez yo me había quedado dormido y había soñado con un nuevo colegio llamado Instituto Educativo 1 de Marzo, con un golpe en la nariz, con una maestra con labios hartos del color fucsia, con una niña más linda que los ángeles y con un ángel que se llamaba Isabel...

—¿Qué has dicho? —preguntó absorta la maestra.

—Eso, lo que escuchó, que la culpa es solo mía, Javier no tiene nada que ver en esto —respondió Isabel.

—¿Y por qué no lo dijiste antes?

¿Qué tal la pregunta? Como si se le pudiera contestar a la maestra «no pude hablar porque usted no ha detenido su lengua de lora desde que este rollo comenzó».

Me quedé mirando fijamente a Isabel sin tener idea de cuál sería su plan, pero algo me decía muy dentro que yo estaría dispuesto a escucharlo todo, todo, todo, salvo un discurso en el que ella se echara encima este problema tan gordo, que en realidad era solo mío.

Ella continuó, firme y desenfadada:

—No se lo dije antes, Chelito, porque es de muy mala educación interrumpir a los mayores.

Era una experta; Isabel debía de tener un cuaderno repleto de esas frases trilladas que salvan en cualquier ocasión.

—Eso está bien cariño, pero ahora, ¿quieres explicarme qué es lo que está ocurriendo aquí?

—Es muy sencillo...

¿Sencillo? Cómo podía decir que era sencillo cuando yo sentía que estaba caminando al borde del precipicio. Ella continuó:

—El primer día de clases, o sea ayer, Javier y yo decidimos salir juntos al recreo, queríamos conocer cada rincón del colegio. Anduvimos por los patios, por el comedor, cerca de la secundaria y en un momento, mientras caminábamos junto al edificio del jardín de infantes, un pelotazo que venía desde la cancha de fútbol que está al otro lado de la pared, aterrizó en la nariz de Javier. El golpe fue tan fuerte que comenzó a sangrar muchísimo. Yo lo llevé hasta el baño más cercano para que pudiera limpiarse y cuando intentamos entrar, abrimos la puerta y nos dimos cuenta de que ese baño era el de mujeres. Retrocedimos, y Ángeles, que estaba en el interior, debió de sorprenderse ante la presencia de Javier, ella cerró la puerta y yo decidí llevarlo hasta donde usted se encontraba, ¿lo recuerda?

Chelito recuperó el color normal en su rostro, se quitó los anteojos y les limpió el vapor provocado

por su alta temperatura; luego, mucho más tranquila pero aún enérgica, preguntó:

—¿Y por qué no lo llevaste a un baño de hombres?

—Porque apenas conozco el colegio, usted sabe que este es mi segundo día. Además, era una emergencia, mire cómo ha quedado el pobre...

Dijo «el pobre» y todos me miraron con lástima. Yo mismo puse cara de lástima. Era sorprendente lo rápido que podía pasar de Supermán a Supercaracha.

—Bueno —dijo Chelito—, está bien, creo que todo queda claro, aquí ha habido una emergencia y un malentendido. Te pido, Javier, que te familiarices con la localización de los baños para hombres y así evitaremos nuevos inconvenientes. Puedes volver a tu sitio.

Caminé hasta mi pupitre, volteé para mirar a Ángeles y noté que estaba roja de la furia. Su plan de exterminio había fracasado.

Chelito fucsia.

Ángeles roja.

Yo verde.

Isabel... como si nada.

Contenido

Javier.....	9
Ángeles.....	39
Isabel.....	61
El amor	113
El final.....	145

Amarilla

TORRE

A partir de los 11 años

ROMANCE

Cupido es un murciélago

María Fernanda Heredia

Ilustraciones de María Claudia Linares



*Una historia con mucho
humor sobre la amistad
y el primer amor.*

Es el primer día en el nuevo colegio y Javier está desorientado. Al buscar el baño de los niños, se equivoca y entra al de las niñas. Allí ve a Ángeles, y se enamora de inmediato. Sin embargo, el nuevo amor de su vida no es tan dulce y encantadora como parece: no solo le cierra la puerta en la nariz, sino que se encargará, día a día, de hacerle la vida imposible.



9 789875 458741